

le miró como el único obstáculo al cumplimiento de sus proyectos. Despues de haber luchado contra el ascendiente siempre creciente de esta princesa sobre el corazon de su esposo, el favorito de Carlos III debió retirarse el dia que ella se presentó en el consejo con todas la ventajas de una madre que acababa de dar un heredero al trono. Tanucci fué reemplazado en 1776 por el marques de la Sambuca, y siete años despues este ministro perturbador de la Iglesia y perseguidor de su jefe, descendió al sepulcro, « echando ménos los honores que habia perdido, dice el mismo crítico citado ántes, y no los bienes que no habia sabido hacer al estado. »

Desengañado al cabo el rey Fernando IV, por los golpes de la revolucion francesa, de cuanto importa á los príncipes conservar la armonía con el jefe de la Iglesia, y no prestarse á los pérfidos consejos de ministros novadores, imbuidos en las máximas de la nueva política filosófica, dispuesta igualmente á derribar la autoridad de los reyes despues de haber destruido por medio de estos la de la Iglesia, hizo en 1792 un viaje expreso á Roma, donde terminó con Pio VI todas las diferencias que el ánimo inquieto de Tanucci habia excitado entre las dos cortes, conviniéndose entre ambos que los reyes de Nápoles á su advenimiento al trono, pagarian quinientos mil ducados á la Santa Sede, y que esta le cederia para siempre una parte de sus derechos á las nominaciones de los obispos, y no exigiria en adelante el homenaje de la hacanea. (Véase la *Biografía universal*, tom. XLIV, artículo *Tanucci*; y la *Biografía de hombres vivos*, tom. III, artículo *Fernando IV*.)

V.

CARVALHO.

Sebastian José Carvalho, conde de Oeyras, marques de Pombal, nació en Soura, lugar de Portugal, en el territorio de Coimbra. El crédito de su tío Pablo Carvalho, canónigo de la capilla real de Lisboa, le proporcionó destinos ventajosos en la carrera diplomática bajo el reinado de Juan V. Despues de la muerte de este, el segundo matrimonio que contrajo con la condesa de Daun, sobrina del célebre mariscal austriaco de este nombre, le mereció el favor de la reina madre María Ana Josefina, hija de Leopoldo, que profesaba singular afecto á la nueva esposa de Carvalho, y le propuso al rey su hijo, para suplir la falta del primer ministro que se hallaba enfermo. José I le nombró entónces de secretario de estado de los negocios extranjeros.

Uno de los primeros objetos que se propuso Carvalho desde que en 1750 obtuvo este empleo, fué el célebre tratado de 13 de enero del mismo año, y la convencion de 1753 con la España, concerniente al Paraguay y á la cesion de la colonia del Sacramento. El tratado de esta cesion, en cambio del Paraguay, sufrió de parte de los naturales una resistencia y dificultades cuya culpa se imputó á los jesuitas, creadores de las célebres misiones

del Uruguay, y este fué el primer origen de la desgracia de esta sociedad para con José I y su ministro. Se ha creído con razon que Carvalho, para llegar á sus miras secretas contra estos religiosos, hizo que el rey enviara á su hermano Francisco Javier de Mendoza en calidad de capitán general y gobernador del Maranhão, á quien el ministro dió instrucciones secretas para quitar á los jesuitas el gobierno de las misiones, y perderlos, mediante sus informes y relaciones, en el ánimo de su amo.

Después del terremoto que padeció Lisboa en 1755, el rey le confió el puesto de principal ministro de su reino; y desde que Pombal tuvo la dirección suprema de los negocios, imprimió á la marcha del gobierno toda la fuerza y violencia de su carácter. Él extendió el rigor hasta á los miembros de la alta clase de la sociedad, y cubrió con el velo de la justicia sus odios particulares. Desde que sedujo y robó á doña Teresa de Noronha Almada, perteneciente á la antigua casa de Arcos, y se casó con ella á despecho y contra la voluntad de todos los individuos de esta ilustre familia, Carvalho, que de simple y oscuro hidalgo experimentó entonces y en otras varias ocasiones los desdenes de la alta nobleza, concibió y alimentó contra esta el implacable odio cuyos terribles efectos la hizo sentir durante su larga administración. Él causó la desgracia de los personajes mas eminentes de la corte, hizo despedir de esta al padre Moreira y demas jesuitas confesores del rey; á nombre de este, publicó un edicto declarando reo de lesa majestad á todo el que opusiera la menor resistencia á las órdenes de sus ministros; y con pretexto de visita y de reforma de los jesuitas, empezó la persecución de estos, arrancándole á Benedicto XIV un breve con esta mira, cuya ejecución encomendó al cardenal Saldanha, prelado enteramente entregado á su voluntad. En fin para

impedir todo bien espiritual, impuso silencio á los que predicaban la penitencia por los azotes que acababa de experimentar el reino con el gran terremoto.

Entre tanto acaeció el funesto atentado de 3 de setiembre de 1758 contra la vida de José I, de quien unos afirman que su pasión escandalosa para con la marquesa de Tavora le expuso á las venganzas de su familia, y otros han dicho que la pretendida conjuración no fué mas que una fábula imaginada por Carvalho para perder en el ánimo del rey familias poderosas que él detestaba desde mucho tiempo atrás, y para implicar en ella á muchos religiosos de una sociedad cuya destrucción era el objeto de sus miras y proyectos. Se culpó de instigadores á ella á los jesuitas Malagrida, Alejandro de Souza y Mathos, mas sin otro testimonio que el que se le arrancó en los tormentos al duque de Aveiro, retractado luego por este. Lo cierto es que el omnipotente ministro no los mandó juzgar con los principales acusados; Malagrida no fué llevado á algun tribunal secular por el hecho de conspiración, sino delatado tres años después por herejía al tribunal de la inquisición, presidido por el hermano de Carvalho, á causa de haberse negado á cooperar á estas intrigas el inquisidor general, y al fin condenado al último suplicio por un auto de fe, el 21 de setiembre de 1761. No obstante, sin pruebas y sin juicio precedente, el ministro declaró por un edicto de 19 de enero de 1759 á todos los jesuitas portugueses cómplices del atentado, y en consecuencia los mandó encerrar, y luego deportarlos por mar á Italia, y secuestrar sus bienes.

Poco después de la expulsión de los jesuitas, Carvalho habia despedido al nuncio, cardenal Acciaiuoli, y rompió enteramente con el papa Clemente XIII, sin mas motivo que haber su santidad expedido un breve,

en enero de dicho año de 1759, aprobando y confirmando el instituto de los jesuitas, lo que se figuró ser un insulto á su majestad fidelísima. La ruptura duró muchos años, y en todo este intervalo Carvalho se ocupó muchísimo en atacar la jurisdiccion pontificia. Los Giannones, los Fra Paolos eran su lectura favorita. Alimentado de sus doctrinas desorganizadoras y anticatólicas, publicó un manifiesto para establecer una distincion de las potestades espiritual y temporal, segun la cual la dependencia respecto del jefe de la Iglesia venia á ser puramente intelectual, y relativa al dogma, mas de ningun modo al derecho del culto y de la disciplina. Por lo demas, la agitacion en que le puso el breve aprobatorio del instituto, tenia sobre todo á los jesuitas por objeto. « Este negocio ha llegado á ser en él una pasion tal (dice un testigo ocular, por el año de 1762), que no sabe hablar de otra cosa, y culpa á la compañía de todo el mal que se ha hecho, y de todo el bien que ha dejado de hacerse. Asombra la contradiccion que se halla entre lo que dijo al tiempo de su expulsion y su actual lenguaje. Pero debe asombrar mucho mas la infidelidad con que hizo traducir en portugués el artículo de la sumision que debe tener al consejo del general un jesuita que es obligado á aceptar una prelación. Manifiesta tambien su preocupacion el calor con que sostiene el pretendido milagro con una señorita de Madrid por la firma del obispo de Osma Don Juan Palafox, grande enemigo de los jesuitas. Se ha mandado imprimir, como una cosa muy interesante al gobierno, el extracto del pliego ó carta de oficio del embajador portugués en España, relatando este figurado milagro. El conde de Oeyras lo ha recibido con mas gusto que si le hubieran anunciado la toma del Rio Grande. Esta es en él una verdadera manía; y descuida los negocios mas importantes del estado por leer

todos los libros que tienen alguna relacion con este asunto. Él no piensa en atacar y mortificar á la corte de Roma, sino á proporcion de la adhesion que ella muestra por esta compañía. »

Sin embargo de ser la ruptura con Roma de parte de la corte portuguesa tan voluntaria como injusta, la tomó por pretexto para impedir á los obispos y á todos los fieles de aquel reino toda comunicacion espiritual con el jefe de la Iglesia. Pombal publicó á nombre del rey su amo un edicto prohibiéndoles toda comunicacion, aun en lo espiritual, con Su Santidad, en lo que ciertamente se violaban las leyes divinas, lo que no es dado á ninguna nacion ó soberano: pues la comunicacion en lo espiritual con el primado de la Iglesia es de derecho divino. Jesucristo en la persona de san Pedro dió á todos sus sucesores el derecho de apacentar las ovejas y corderos de su rebaño: *Pasce agnos meos, pasce oves meas*; es decir, los obispos y los fieles que están á estos encomendados, conforme al sentir de los Padres de la Iglesia. ¡Lo mas extraño era que, despues del atentado de segregar del pastor á las ovejas, quisiese el mismo Pombal, con Pereira y los de su comparsa, fundar en esto mismo la necesidad de buscar en otra parte los auxilios espirituales que aquel solo podia dar! Doblemente culpable por impedir la comunicacion de las ovejas con el pastor contra el mandato de Dios, y por privarlas en este caso de los auxilios espirituales que de él solo podian legitimamente venir.

Entre los trabajos que parecia tomar por la prosperidad del estado, Carvalho dejaba dominar su pensamiento por el deseo de saciar su odio y su codicia. En todas las medidas que ordenaba, no tenia ó parecia no tener otra mira que su interés, su venganza y el aumento de su poder. La destruccion ó la humillacion de sus dos enemigos principales, los jesuitas y los grandes,

fueron constantemente el móvil y el objeto de su política, tanto interior como exterior. No contento de haber expulsado á los primeros del Portugal, les hizo una extremada guerra en lo exterior hasta su entera extincion. Por alcanzar este fin fué que mostró al duque de Choiseul una especie de veleidad en favorecer el comercio francés á costa de los ingleses, y que se acercó á la corte de Roma (en 1768) desde que creyó entrever que el papa Clemente XIV seria ménos propenso que su antecesor á la compañía de Jesus. Él mandó hacer honores extraordinarios al prelado Conti, nuncio del nuevo Papa, á su llegada en junio de 1770. Mas no por eso dejó de restringir la jurisdiccion del nuncio; y el Papa mismo tuvo que consentir en el sacrificio de los derechos mas queridos de la suya, en favor de una reconciliacion deseada por los dos soberanos.

Aborrecido de todo el mundo, apénas murió el rey José I en 1777, cuando la jóven princesa heredera del trono declaró á la reina madre que « era muy necesario despedir á Pombal, pues que así lo juzgaba todo el mundo. » Desde entónces tuvo que sufrir mil disgustos y humillaciones, como consecuencias de su orgullo y tiranía. Sus criaturas fueron destituidas, y marcharon al destierro y á las prisiones á tomar el lugar de las numerosas víctimas de su odio y despotismo. Fué lícito á todos los vasallos portugueses escribir contra su administracion, y se le mandó hacer su proceso. De él salió condenado; mas la reina, por un edicto de 16 de agosto de 1781, le indultó, contentándose con desterrarle á veinte leguas de la corte, y se le permitió conservar su fortuna que subia á trescientos mil francos, ó sesenta mil pesos de renta. Murió en Pombal, lugar de su destierro, el 8 de mayo de 1782.

Entre los filósofos modernos pasa Pombal por uno de los iniciados en los misterios de la secta. Es ver-

dad que él persiguió al clero y á los monjes, y los llamaba « la polilla mas peligrosa que pueda roer un estado. » Es verdad tambien que mandó traducir y difundir las obras de Voltaire, Rousseau, Diderot, etc. Mas al mismo tiempo daba órden para quemar las de Raynal, en 1773. Se servia de la inquisicion para sus venganzas, y aun mandó dar el título de « Majestad » á este tribunal, cuyo instituto se le oia aplaudir despues que hizo sustituir su hermano Pablo Carvalho al hermano del rey en la plaza de inquisidor mayor. En fin, este iniciado en la filosofía no temia acreditar en odio de los jesuitas un milagro, y se habria guardado en sus disputas con la corte de Roma de invocar la autoridad de Bossuet y de los defensores de las libertades galicanas. De donde es preciso concluir que este hombre, sin plan fijo, sin sistema, sin otros principios decididos en su conducta y en la direccion de su política interior, que su propio interés, no persiguió á los sacerdotes y á los grandes, sino porque veia en esto un medio de fundar su potencia y mantenerla. Como hombre de estado, su reputacion no merece honorables recuerdos, porque él atacó las instituciones que sostienen y conservan los imperios; y aun en lo que como administrador hizo de bien en el Portugal y Brasil, puede decirse, segun la expresion de un célebre escritor, que lo hizo « á golpe de hacha, » y con la violencia de su carácter.

Entre las persecuciones violentas y antireligiosas de este ministro debe contarse la que hizo al señor de Ell'Anunciata, obispo de Coimbra. Este dió una pastoral en noviembre de 1768, prohibiendo la lectura de muchos malos libros. Mas estos eran cabalmente los que, bajo la proteccion de Pombal, empezaban á esparcirse en Portugal, tales como los escritos de Dupin y Febronio, de que se aprovechaba Pereira para sostener las ideas de Pombal contra Roma, y para enflaquecer en Portu-

gal la adhesión á la Santa Sede y á la fe. Y al abrigo de esta libertad, se introducian producciones mucho mas perniciosas aun, tales como las de los nuevos filósofos Voltaire, Rousseau, Diderot, etc., que el ministro cuidaba de hacer traducir y propagar. Acababa tambien de establecerse recientemente un tribunal para la censura de libros con el fin de eximirse de las reglas seguidas hasta entónces, y poder propagar impunemente los nuevos principios anticatólicos que se habian adoptado. Pereira habia merecido por ellos ser miembro de este tribunal. El obispo de Coimbra no habia querido tampoco prestarse á las nuevas reformas, ni dar las dispensas que el ministro no queria ya que se pidiesen á Roma. Aprovecháronse pues de su pastoral en que prohibia las dos especies de obras citadas, para perderle. Se le trató como reo de lesa majestad, se le arrestó y condujo á la prision de estado llamada la Junquera; y el nuevo tribunal de censura declaró la pastoral falsa, sediciosa é infame. El cruel y orgulloso Pombal tuvo valor de mantener á este santo y zeloso obispo en un calabozo hasta la muerte del rey en 1777, por espacio de nueve años, del cual no salió sino cuando se abrieron las cárceles y volvieron á la libertad las numerosas víctimas sacrificadas á su odio y despotismo. El rey ántes de morir habia mandado, aunque demasiado tarde, que se le diese soltura. (Véase la *Biografía universal*, tom. XXXV, artículo *Pombal*; y las *Memorias para servir á la historia eclesiástica del siglo XVIII*, tom. III, año de 1768.)

VI.
URQUIJO.

Don Mariano Luis Urquijo, ministro de Cárlos IV. Este cortesano, lleno de las ideas filosóficas del tiempo, que entre otros habia bebido de Voltaire, cuya tragedia del *César* tradujo, y de los proyectos de los nuevos teólogos para trastornar la disciplina de la Iglesia, fué uno de los que emprendieron en España las reformas que han sido tan aciagas, y con todo el calor é irreflexión de un jóven precipitado. Luego que se supo en Madrid la muerte del santo papa Pio VI, se apresuró á publicar á nombre del rey el decreto de 5 de setiembre de aquel año de 1799, que dirigió á todos los obispos de la península y de las Américas, en que nada ménos se propuso que derribar de un tajo la autoridad pontificia y transferirla al monarca. Es por eso que este famoso decreto « fué tan aplaudido (dice el señor obispo de Troyes, Mr. de Boulogne, tom. II *Mélanges*, pág. 220) por los constitucionales franceses: del que los puritanos se felicitaban, triunfaban los filósofos, y que unos y otros, dándose mutuamente la mano, celebraban á porfía como que iba á renovar en España la edad de oro de la Iglesia, y la pureza de los tiempos apostólicos. » Porque ¡tales son siempre los argumentos de esta especie de gentes, reducidos á vagas y pomposas voces!